

No les descubriré nada si digo que la época que vivimos es a la vez fascinante y aterradora. Como un camino estrecho que debería conducir hacia la cima, pero desde el cual podríamos, en cualquier momento, resbalar hacia el abismo.

Gracias a los avances prodigiosos de las ciencias y de las técnicas, podríamos librar a toda la humanidad de todas las calamidades que la han afligido desde el comienzo de la Historia. Tenemos los medios para ello. Prueba de ello es la rapidez con la que cientos de millones de nuestros contemporáneos, en todo el planeta y especialmente en los grandes países de Asia, han salido de la pobreza en una sola generación.

Cada uno de nosotros se ha beneficiado de estos avances científicos y tecnológicos en su vida cotidiana, y de una manera espectacular. Hoy cualquiera puede acceder, desde su propio hogar, e incluso desde su diminuto teléfono de bolsillo, a todo el saber acumulado por la especie humana a lo largo de milenios.

Nos hemos acostumbrado tanto a ello que nos parece natural y banal. Cuando abrí los ojos al mundo, e incluso cuando terminé mis estudios, una perspectiva así todavía parecía inconcebible.

Por todo lo que ha inventado, por todo lo que ha construido, la especie humana es indudablemente sorprendente, incomparable y digna de admiración.

Pero no todos los días, ni en todos los ámbitos. Hay al menos un campo en el que nuestra especie parece haber alcanzado su umbral de incompetencia colectiva. Me refiero a nuestra incapacidad para hacer convivir, de manera pacífica y armoniosa, a las distintas componentes de la humanidad. Una incapacidad que amenaza con aniquilar todo lo que hemos construido hasta ahora y que compromete el futuro. Una incapacidad que se manifiesta en todos los países, y también a escala global. Basta con pasear la mirada por el mundo para constatar el inmenso despilfarro. Por todas partes, guerras que estallan, incluso en regiones que creían haberse librado de ellas. En Europa, en el Mediterráneo oriental, en el Sahel, y en otros lugares. Por todas partes, conflictos que continúan y se envenenan año tras año, década tras década, y a los que no sabemos poner fin.

Al observar estos conflictos, estos sufrimientos, estas destrucciones, estas manifestaciones de odio, tomamos conciencia de manera concreta de la paradoja de este siglo. Nuestra evolución científica y material continúa, y se acelera aún más, pero nuestras mentalidades no logran seguir el movimiento; se estancan, se arrastran y a menudo incluso retroceden.

¿Es realmente algo nuevo? ¿No es así como ha funcionado siempre la Historia? Esta objeción se oye a menudo, pero, a mi juicio, es engañosa. Nuestra época no se parece a las que la precedieron. Es de otra naturaleza. Estas tecnologías innovadoras, que han transformado nuestra existencia y que la transformarán aún más en los años venideros, representan, por su inmenso potencial, riesgos inéditos, difíciles de prever y difíciles de evitar. Hay que tener siempre presente que la ciencia y la tecnología son moralmente neutras. Todo aquello que pueden hacer, lo harán, sean cuales sean las intenciones de quienes las inventaron.

Con las tecnologías de vanguardia que se han desarrollado de manera espectacular desde comienzos de este siglo, nos enfrentamos a dilemas que las generaciones anteriores no conocieron. ¿Sabremos domesticar la inteligencia artificial para que siga estando al servicio del ser humano en lugar de volverlo obsoleto? ¿Sabremos controlar la ingeniería genética para que siga mejorando nuestra salud y nuestra longevidad, sin atentar contra la integridad física y mental del ser humano? Mucho dependerá de la actitud que adopten unas hacia otras las distintas naciones y comunidades humanas.

Si logramos pasar de la confrontación a la reconciliación, de una lógica de hegemonía a una lógica de solidaridad; si logramos preservar la diversidad cultural y la dignidad de todos para construir una civilización universal exuberante, fundada en valores comunes y enriquecida por innumerables expresiones culturales; si logramos unirnos para hacer frente juntos al cambio climático, que constituye una amenaza mortal para todos nosotros, entonces podremos alcanzar la cima en lugar de resbalar hacia el abismo.

La humanidad aún no ha tomado una decisión. Pero no hay que creer que dispondrá de siglos para hacerlo. El giro decisivo se tomará, para bien o para mal, en los próximos veinte años. Esto pone una responsabilidad inmensa sobre los hombros de nuestros contemporáneos, especialmente de los más jóvenes.

A ellos, a estos jóvenes: no creáis que la historia del mundo ya está escrita. Todavía estamos en el preámbulo; las páginas más bellas las escribiréis vosotros.